



LAS GATAS DE ESTAMBUL

*Mesdames, belle moitié de l'humanité,
prenez votre destin en main.**

OUM KALSOUM, 1968

No sé si habéis ido alguna vez a Estambul, la antigua Constantinopla. Si la respuesta es que no, hacedlo y, después, visitad Venecia: la magia de la Serenísima se entiende mejor habiendo recorrido antes el Ojo del Universo. Y no tardéis demasiado, porque las dos están en peligro de muerte a causa del mismo mal, 'hombrinitis', una enfermedad con muchas cepas, todas letales.

Pero no quería hablar de los estragos que provoca el factor humano en la Tierra, sino de la Ciudad de las mil mezquitas. Al llegar, abstraeos tanto como podáis de las cantidades ingentes de testosterona pilosa que corre por sus vías y arterias, y admirad los portentos que el hombre es capaz de levantar para honrar a su dios, como Santa Sofía –la octava maravilla, al parecer de algunos–, que te deja con la boca abierta; las innumerables mezquitas –imprescindibles: la azul, la blanca y la nueva– y las también numerosas iglesias –ortodoxas y católicas. Visitad, asimismo, Topkapi, el serrallo por excelencia, y Dolmabahçe, la maravilla versallesca; la Cisterna Basílica, con un bosque sumergido de 336 columnas, dos con cabezas de Medusa por base, que me hicieron añicos el corazón, vete a saber por qué; el moderno distrito de Beyoglu y los alrededores del Gran Bazar: mil y un contrastes entre el consumismo neoliberal más bestia –con velo y sin velo– y el fanatismo religioso más atrabiliario... En cuatro palabras, un

* Señoras, bella mitad de la humanidad, tomad las riendas de vuestro destino.

mundo desemejante que te impresiona y te cautiva, y que se te queda grabado en la memoria para siempre, da igual que no regreses nunca.

Ahora bien, si me preguntarais qué es lo que más me impresionó de cuanto vi, lo tendría muy claro: la mirada cómplice que me lanzó una gatita blanca y roja, de ojos heterocromos, justo después de visitar las estancias del Harén que hasta 1853 ocuparon centenares y centenares de mujeres, entre esposas legítimas y esclavas sexuales y de servicio, cosificadas para placer y goce de un solo macho; cuando aún no me había recuperado del impacto que me había causado ver hasta dónde es capaz de llegar un hombre para darse importancia delante de sus semejantes. Me la encontré en el exterior de la puerta de salida y en seguida se me acercó decidida, como si llevara años esperándome.

¿Que qué importancia tiene?... Pues, mucha, porque, aunque ya había oído hablar, en varios medios, de la existencia de ciudades de gatos y ciudades de perros, nunca, hasta entonces, lo había constatado. Doy fe de que Estambul es, sin duda alguna, una ciudad felina: sentados en los bancos de los jardines, paseando por museos y por mezquitas, ocupando ruinas y descampados, en cualquier rincón de cualquiera de sus calles, callejuelas, callejones y avenidas no se ven perros, sino gatos; gatos de todos los tamaños y colores, gatos de todas las razas, sobre todo hembras, y todos, todos, con el pelo reluciente de salud y la tripa llena. Y lo que resulta más extraño es que nadie sabe a ciencia cierta por qué hay un número tan grande de félidos y tan poquísimos cánidos, ni por qué los otomanos se comportan al revés que los de otros lugares: mansos y bien carados, los gatos, y ariscos y amojamados, los perros.

Esta realidad, unida al extraño encuentro en el serrallo, me llevó a intentar indagar la razón de todo aquello. Pasé de los blogs que no sugerían más que tonterías y me dediqué a buscar por bibliotecas reales y digitales, hasta que el destino me puso sobre una pista más veraz: la correspondencia perdida de la gran viajera inglesa Lady Mary Wortley Montagu –el primer occidental en visitar las habitaciones secretas del palacio imperial– a una amiga. Y esto es lo que hasta ahora, después de años de arduas investigaciones, he podido averiguar.

Hace miles de años, en la época en que las aguas del río Lykos fluían a sus anchas por el término..., mucho antes, por tanto, de que Bizas el Megariota fundara, cerca del Bósforo, la colonia tracia que poco después pasaría a ser Bizancio en su honor y, más tarde, Constantinopla..., justo donde estaba la acrópolis y donde, entre 1459 y 1465, el sultán Mehmet II el Conquistador hizo edificar las construcciones que serían el

origen del palacio de Topkapi, es decir, justo debajo de los cimientos del edificio del Harén..., estableció residencia una reina cretense, Pasífae, harta de las mentiras que su marido y otros hombres de la corte iban contando de ella y de un toro blanco –para difamarla, y también para quitarle el trono–; allí vivió, con un grupo escogido de acólitas de la Gran Dama del Laberinto, y allí murió y fue enterrada. Este dato sería una mera anécdota si no fuera porque dicha reina era hermana y discípula de la mítica bruja Circe de Eea, aquella que dicen que hechizó a Odiseo y que estuvo a punto de convertirlo en cerdo, y porque en aquel lugar mandó erigir un templo a la Madre Tierra.

Pues bien, por los hamams femeninos de la ciudad corre el rumor de que los sollozos de las mujeres y niñas maculadas año tras año, y siglo tras siglo, consiguieron por fin despertar a Pasífae. Prontamente el espíritu eviterno se hizo cargo de la situación y, habiendo convocado a las erínias de los antiguos ritos helenos y a las ginnas locales, encontró la manera de poner remedio a tanta injusticia y crueldad. Con la ayuda de una variante vaporífera de la poción metamorfoseante que hizo famosa a su hermana, resucitó a las odaliscas y a los sultanes muertos hasta entonces, y los reencarnó según la vida que habían llevado: a las fantasmas de las esclavas, las convirtió en gatas lustrosas, y a los espectros de los emperadores, en perros piojosos. Un prodigio que se repitió, cíclicamente, hasta el 1922, año en que se clausuró, por ley, el Harén del palacio de Dolmabahçe.

Es por ese motivo que Estambul está llena por doquier de gatas. Y, en cuanto a los pocos perros que vemos sin dueño, son las sombras de los sultanes, condenados a deambular *ad aeternum*, muertos de hambre y sarnosos, por las calles de la Madre del Mundo.

Espero que esta explicación os guste tanto como mí me ha gustado escribirla, ya que nadie me podrá negar que, *se non è vera, è ben trovata*.

Encarna Sant-Celoni i Verger, agosto de 2015.